

Creyó que había ido á salvarla, pero como no se volvió á hablar de ella y cuando vinieron á enterrar los restos de los cadáveres no se encontraron huellas de ningún niño, muchos fueron los que tuvieron la idea de un robo criminal. Pero ninguno se atrevió á hablar del asunto.

Otras voces se hacen oír, pues, ya tranquilos, todos quieren decir lo que saben, y pronto el salón se convierte en gallinero y de todas las bocas salen frases inocentes ó torpes. Aquello se convierte en gritería infernal y sólo parece que pretenden apagar las voces de los otros con la suya propia. Todos hablan á la vez con las manos en el suelo y levantando tan sólo la cabeza, contando volublemente cosas que nadie entiende, y resulta imposible imponer silencio como imposible es hacer callar los ladridos de una jauría.

El intendente se desata el cinto, y sirviéndose de él como de un látigo, echa á aquel rebaño que se desparrama en todas direcciones y desaparece en un instante.

XV

EL CEÑIDOR DE SEDA

EL CEÑIDOR DE SEDA

DUEÑO mío, voy á esperarte en la inaccesible morada donde mi alma se hallará fuera de todo peligro.

« Y para conservarte mi alma, tengo que sacrificar mi cuerpo joven que hizo tus delicias.

« Deja correr tus lágrimas en recuerdo de las voluptuosas gracias tan pronto destruidas.

« Y luego alza los ojos hacia lo que nunca muere y á través de las nubes dedícame una sonrisa. »

El Pájaro-Flor termina así su largo poema, su testamento de amor. Para ella, todo ha terminado. El plazo de su libertad acabó ya, y al caer la

tarde tienen que presentarle al nuevo amante que únicamente puede rehusar ofreciéndole una muerte. En su casa todo ha sido registrado minuciosamente, y se han llevado los objetos que podían servir de armas, hasta los alfileres de metal destinados á los peinados; pero ella ha sabido disimular el puñal, presente de nupcias del joven príncipe, pues no quiere herirse con otra arma.

— Procura que llegue á sus manos cuando esté enrojecido con mi sangre, — le dice á Jarro-de-Oro; lo limpiará con sus labios y le dará las gracias por haberme ayudado á cumplir mi juramento.

— El príncipe no os sobrevivirá, — responde la doncella, — como yo tampoco, y el señor Yamato morirá también. Todas estas existencias están en vuestras manos, y por esto os conjuro que no precipitéis ni un segundo el terrible desenlace, sino que antes al contrario, lo retardéis hasta el último momento.

— ¿Tienes esperanzas todavía? ¡Oh, pobre loca querida! Años, muchos años le hubieran hecho falta al señor Yamato para encontrar tal vez algunos indicios de mi origen. ¿Qué habrá podido hacer sin ningún dato que le sirviese de guía á través de todo el imperio?... Vamos, la

muerte me envuelve ya; lo siento en el frío que corre por mi sangre, y en la calma que sigue á estos meses de terrible ansiedad. Pero á ti, te prohibo que mueras; tú vivirás para cumplir mis últimas voluntades, para despedirte en mi nombre de mi adorado príncipe, y para llorarme con él.

Jarro-de-Oro no contesta, pero sus fruncidas cejas y sus ojos fijos indican la obstinación de su voluntad.

El Pájaro-Flor guarda su poema y una carta muy larga en un cofrecito muy lindo que cierra con una cinta sabiamente anudada.

Varias oirás vienen á verla, y Ko-Mourasaki, adivinando su resolución, la aprueba en silencio. Joven-Sauce es de opinión que se debe aceptar el sacrificio pues la infidelidad, lejos de matar el amor en el hombre, lo aumenta. Y las otras, preocupadas por sus propias intrigas ó por sus intereses, parece que no se dan cuenta del drama cuyo desenlace está tan próximo.

La noche llega. Las kamelos suben para vestir á la princesa, y traen el rico traje de la entrevista, el kimono magnífico, de raso violeta claro cubierto de tortugas bordadas con oro que Hana-Dori no se había vuelto á poner desde la noche de sus efímeras bodas.

— Me complace morir vestida con este traje,
— murmura al oído de Jarro-de-Oro.

Ésta dirige mentalmente una plegaria á la diosa Benten cuya estatua de oro brilla en un ángulo á la luz de la lámpara, y sus manos, que nervioso temblor agita, no aciertan á vestir á su dueña.

Y tan grande es su torpeza, que no puede atar el ceñidor de flexible seda que cae por delante, y en vez de hacer un lazo, hace un nudo doble.

— Deja, deja, — le dice el Pájaro-Flor; preciso será quitarlo en seguida pues ya que soy de noble sangre moriré con la muerte de los nobles abriéndome gloriosamente el vientre.

Las kamelos no la dejan un momento, aun cuando ha terminado de vestirse, y preciso es tener paciencia pues fácilmente se adivina que entre ellas hay espías de la Cigüeña-Bailadora.

De pronto el ruido de una llegada se oye en la planta baja, y el grito de *Stansiro* (prosternaros), indica la llegada de un señor de importancia.

— Bajad todas, — ordena la princesa con entonación que no admite objeciones.

— Pronto, pronto, Jarro-de-Oro, — añade; — desata el ceñidor.

La hoja del puñal brilla ya fuera de la vaina, pero el ceñidor resiste. Las febriles manos de Jarro-de-Oro se encarnizan y sólo consiguen

enredar más y más el cruzamiento del nudo. El Pájaro-Flor, trepidando de angustia quiere ayudarla, y sus hermosos ojos se llenan de lágrimas.

— Al corazón, — gime, — la muerte noble se me rehusa. Y levanta el brazo... pero un grito gozoso de Jarro-de-Oro la contiene. Y en el hueco de la puerta que acaba de abrirse bruscamente, aparece Yamato.

Comprende lo que ocurría y temblando de gozo y de espanto á la vez cae de rodillas ante El Pájaro-Flor, y apoderándose de su ceñidor se lo lleva á la frente con respeto.

— Noble princesa de Ako, bien digna de vuestro elevado nacimiento — le dice, — yo te saludo llorando.

Un señor viejo aparece dejando ver tras él numerosa escolta, y ante la joven, tan pálida y tan bella, pasmada casi por la brusca sacudida que arrancándola de los brazos de la muerte la llevada á la felicidad, se queda absorto de admiración.

— Ya véis, monseñor, — dice Yamato, — que no exageraba lo más mínimo. Dos segundos más tarde, y todo había terminado. Antes que ser infiel, vuestra noble hija prefería darse la muerte.

— Sois mi padre... — pregunta El Pájaro-Flor temblando de emoción.

— Todavía no, — responde, — pero si queréis lo seré. Sois la única superviviente de esa ilustre familia que creíamos extinguida, de eso no hay ninguna duda, sois la princesa de Ako que unos malhechores robaron, y de ello me he convencido después de minuciosa información.

— Tan minuciosa — murmura Yamato al oído de Jarro-de-Oro, — que por poco da al traste con todo.

— Yo compré vuestros confiscados dominios, pero como estáis viva resulta que moralmente los usurpo. Puedo devolvéroslos por herencia adoptándoos por hija, pero para eso es preciso vuestro consentimiento. Decid, ¿queréis aceptarme como padre?

La princesa de Ako se arroja á los pies del viejo señor y rompe á sollozar. Él la levanta cariñosamente y le dice :

— Seca esas lágrimas, hija mía, seca ese rocío de lágrimas, y sonríe al oír tu lindo nombre : te llamas Rocio del Alba.

Jarro-de-Oro palmotea como una chiquilla.

— ¡Lo que es el destino! — exclama. — Si mi torpeza no hubiese enredado el nudo del ceñidor, no serían lágrimas de gozo las que en

este momento correrían por nuestras mejillas. El minuto pasado haciendo esfuerzos para desatar lo que no quería desatarse, ha dado tiempo á la felicidad para que llegase...

FIN